



Imposturas biográficas

FAMOSOS IMPOSTORES

Bram Stoker

Melusina. Madrid, 2010.

296 págs.

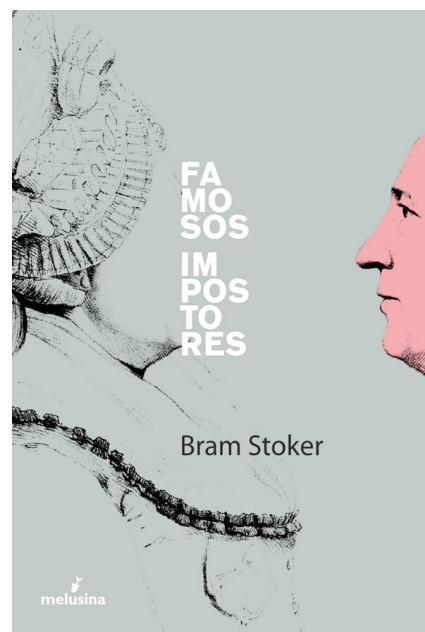
A los lectores de *Drácula* (1897) les sorprenderá que su autor, el irlandés Bram Stoker (nacido como Abraham Stoker, 1847-1912), siempre relacionado con el esoterismo y con el mundo vampírico, fuera capaz de hacer un libro tan racional e incluso tan protocolario y erudito como *Famous Impostors* (1910), publicado por Melusina con traducción de Albert Fuentes. Porque –acláremoslo cuanto antes– *Famosos impostores* no tiene en absoluto nada que ver ni con la célebre novela de vampiros ni con las otras novelas de misterio de Stoker. En realidad, su propósito parece justo el contrario que sus historias fantásticas: el ensayo busca desvelar imposturas e identidades misteriosas, e incluso revelarlas con las armas de la razón y la investigación histórica. Sus instrumentos son la paciencia y el largo y detallado relato de los hechos, como lo haría un historiador al uso, a los que hay que añadir un excelente estilo literario.

Esta dualidad entre razón y fantasía fue una constante en la vida de Stoker, que tuvo como actividad profesional más continua la referente al teatro, y que llevó una vida normal en la que trabó amistades con personas tan influyentes como sir Arthur Conan Doyle o el pintor Whistler. Por debajo de esa existencia había otra realidad más tumultuosa, que seguramente explica su muerte a causa de la sífilis en 1912. Como ha señalado Maribell Carbonell en un ensayo sobre el autor, “esa ambivalencia es uno de los temas recurrentes en toda su obra: las identidades inesta-

bles y secretas, las personalidades subalternas, el yo escindido, las paradojas de la identidad sexual”. De modo que es lógico que Stoker se sintiese atraído por otras personas que, de manera similar aunque mucho más extrema, habían optado por ser ellos y otros al mismo tiempo.

Algunas de estas historias son menos conocidas, pero otras son célebres. Entre estas últimas rescata Stoker la historia de Sebastián, el rey “durmiente” portugués, desaparecido en 1578 en una batalla y sobre cuyo regreso se ha estado fabulando en el país vecino hasta bien entrado en siglo XIX. A este respecto recordaba Gonzalo Torrente Ballester, en su magnífica *La saga / fuga de J.B.* (1972), esta leyenda lusa de don Sebastián con su acostumbrada socarronería: “ahí está el ejemplo de Portugal, dormido en la esperanza de que don Sebastián regrese”. La melancolía dejada por la desaparición del apuesto monarca provocó que aparecieran varios impostores dispuestos a hacerse pasar por él y recuperar el trono; el sinsentido llegó hasta el límite de que alguno de los supuestos retornados ni siquiera sabía hablar portugués...

En algunos casos, como en el del especulador economista John Law, podemos también atisbar precisos retratos de personas reconocibles sin dificultad hoy en día. Si bien Law no era un impostor en sentido estricto, como el propio Stoker reconoce, sí fue “un jugador a gran escala” que “sirviéndose de sus unidades monetarias, persuadió a un país entero de que bastaba con seguir sus ideas para alcanzar el éxito” (p. 123), con lo que se da el “engaño con apariencia de verdad” que para el Diccionario de la Real Academia Española es parte de la defi-



nición de la voz “impostura”. En cualquier caso, estas falsificaciones históricas siempre están rondando los dominios del arte. Un buen ejemplo: Sir Roundell Palmer, fiscal general en el juicio del caso de la escritora Olive Serres, que se inventó una genealogía principesca, declaró que tanto “la princesa polaca como su encantadora hija no eran más que mitos; nunca existieron aquellas personas, eran creaciones de la imaginación como lo son Fernando y Miranda de Shakespeare” (p. 69). Los impostores históricos recopilados por Stoker demostraron una imaginación sorprendente, unida a una no menos asombrosa capacidad de reinventarse y mantener la mentira durante años o décadas, con tal de conseguir por métodos fraudulentos lo que la cuna o su talento no les habían permitido. En suma, una colección notable de falsarios, notablemente contada.

Jonathan Harker